

Es preciso viajar... tomar tónicos... quinina... Hacer mucho movimiento, mucho ejercicio... un ejercicio moderado... No quedarse en París. Hay muy mal aire. Es preciso ir á buscar el sol.

Y dando un golpecito á Magdalena en la mejilla, añadió:

—Cuando vuelva la primavera estaréis tan fresca como una rosa, y os podréis casar sin ningún temor... ¡Buen viaje!

En el recibimiento la condesa estrechó la mano del sabio, diciéndole con energía:

—Gracias, doctor.

El miembro del Instituto bajó la escalera, examinando de nuevo los tapices y diciéndose:

—El precio no sería excesivo si les llevase veinticinco luises. Se puede llegar á treinta.

Cuando llegó á la puerta, continuaba sus cálculos y pensaba:

—Creo que he prestado á esas damas un verdadero servicio... un servicio de amigo, y sin embargo... es imposible... ¿Y por qué ha de ser imposible?... Pasan cosas tan raras en el mundo... ¡Y el novio que estaba allí! Decididamente esta mujer es muy lista. Mis cálculos son ciertos... La muchacha ha tenido algún novio imprudente... Y la madre... ¡Ah! pero estas cosas se pagan.

Y mientras que su coche se dirigía rápidamente hacia la casa de otros millonarios, inscribió en su cartera:

«Señora baronesa de Arvil, ayenida de Messina, por una consulta, setenta y cinco luises.»

Ocho días después la madre y la hija tomaban á las seis de la tarde el expreso de Lyon. Brígida y una anciana sirvienta llamada Marcela Rivet las acompañaban.

La señorita Hortensia Duprat, la amiga íntima, acompañó á Magdalena hasta el tren, y abrazándola fuertemente, la dijo con ternura:

—Supongo que me escribirás.

—Sí.

—¿A menudo?

—Te lo prometo.

—¿De verdad?

—De verdad.

El señor de Bures, muy emocionado, estrechando con pasión las manos de su futura, la decía á su vez:

—¡Cuidaos mucho! ¿Me daréis á menudo noticias vuestras?

—Sí, sí.

Y muy bajito añadió:

—¿Qué va á ser de mí sin vos? ¡Os adoro!

El tren partió.

La señorita de Arvil permaneció puesta de codos en la ventanilla, con la mitad del cuerpo inclinado hacia el exterior, hasta el momento en que la locomotora salió del andén.

Y mientras que su novio la enviaba con la mano unos besos que ella sola podía comprender, la joven se decía con el corazón destrozado:

—Sí, adiós para siempre.

Se engañaba.

Debían volverse á ver.

## XII

### Las cartas.

La marcha de la condesa y de su hija para un país que no designaban y por un espacio

de tiempo que no fijaban, fué muy comentada entre sus amigos.

Aquella desaparición, que parecía una huida, se había verificado sin ruido.

Durante su permanencia en París, la señorita de Arvil había hecho caso omiso de sus amigos y no se había ocupado de su amor.

Ocupada en los preparativos de su viaje, había recibido muy pocas visitas.

Tan solo algunos amigos íntimos.

Pero entre los más íntimos, ¿no hay á menudo envidiosos y á veces enemigos?

Las explicaciones de la condesa eran tan breves como vagas.

No sabía lo que iba á hacer.

Se detendría únicamente en aquellos sitios que agradasen á su hija y desde allí escribiría á sus amigos.

Realmente la desgracia ocurrida en Bretaña á la señorita de Arvil justificaba todo aquello; pero ¿quién impide á las imaginaciones que trabajen y que busquen otra causa á una tan repentina como inesperada?

El campo de las suposiciones es muy vasto; se hicieron muchísimas.

Nadie podía, sin embargo, sospechar lo atroz del drama que se había desarrollado en la Forge y que debía traer tan funestas consecuencias.

Nadie, tampoco, y es preciso decirlo, podía sospechar que aquella joven tan franca, tan estimada, tan casta, que se llamaba Magdalena de Arvil, hubiera podido cometer una falta.

Y en un principio nadie pensó en ello.

El primer sentimiento que dominó en los amigos de la condesa fué el de la piedad y pe-

sar; pero entre ellos ninguno se afectó tanto de aquella marcha como el vizconde Roberto de Bures.

Durante la permanencia de su futura en la avenida de Messina, la veía á cada instante; comía todas las tardes con ella y con su madre la condesa, que le demostraba un cariño maternal.

La señora de Bures, obligada á permanecer en su hotel de la calle de Baume, postrada por larga enfermedad, recibía muy á menudo visitas de Magdalena, que la hablaba con su gracia acostumbrada.

Nada habían cambiado en apariencia sus proyectos del porvenir.

Sin embargo, á contar desde el momento en que el joven se separó de su prometida en la estación de Lyon, y que cambió con ella una última mirada, se sintió dominado por los más tristes presentimientos.

Recordó ciertas palabras escapadas á Magdalena que hacían alusión á la incertidumbre del regreso.

En sueños vió sin cesar aquel pálido rostro en el cual una tristeza tan profunda causaba grandes destrozos; las repentinas lágrimas que brotaban de aquellos hermosos ojos y que él hubiera querido secar con sus besos.

Su imaginación trabajaba para encontrar las causas de aquel misterioso dolor.

Ni por un momento se le ocurrió que la joven hubiera podido cometer una falta.

Para él su Magdalena realizaba el ideal de la angelical pureza que ningún mal pensamiento puede manchar.

Lo que había de cierto era que en ella se ha-

bía operado un cambio radical; que ya no era la misma; que había perdido la sonrisa que en otro tiempo animaba su hermoso rostro; que la salud se había quebrantado, y que una enfermedad desconocida la minaba lentamente.

Su amante no la quería menos por eso.

Su pasión aumentaba á medida que se interponían obstáculos entre ella y él.

Los primeros días que siguieron á la marcha de la joven y su madre, los pasó pacientemente.

En cada correo esperaba con nerviosa ansiedad la carta que Magdalena le había prometido escribirle.

No llegó.

Su madre, la vizcondesa de Bures, recibió tan solo algunas líneas de su amiga la señora de Arvil, indicándole el itinerario que pensaba seguir.

Era una de esas cartas que se escriben en el tren y que se depositan en cualquier estación sin decir donde se encontrará uno al día siguiente.

Las señoras de Arvil habían pasado por Lyon sin pararse; de allí habían llegado á Avignon, donde estuvieron algunas horas; después á Marsella, donde tomaron el vapor para Ajaccio y Córcega.

En este punto cesaba toda correspondencia.

Transcurrieron quince días sin que ni una sola línea llegara á la calle de Baume, y poco á poco el espíritu del enamorado fué sometido al tormento.

El mismo coronel de Brancur que iba todos los días á saber noticias á casa de su hermana llegó á perder la paciencia, y á cada de-

cepción se marchaba gruñendo entre dientes:

—¡Mil bombas!... ¿qué quiere decir esto?...

¡No comprendo palabra!...

¿En efecto, por qué aquel inexplicable silencio?

¿Qué ocurría?

¿Dónde estaba Magdalena?

A todas estas preguntas no podía contestar su sobrino.

Fué á todas partes donde esperaba encontrar noticias de ellas.

¡Nada!

Las fugitivas—las malas lenguas, porque en todas partes las hay y en todas las esferas llamaban así á la condesa y á su hija—no daban á nadie noticias suyas.

En la avenida de Messina ni aun los criados sabían palabra de sus amas.

Tan solo uno de ellos hubiera podido quizás decir algo, y los demás sospechaban que estaba en el secreto.

Era el conserje.

Pero este hombre, antiguo ayuda de cámara del presidente, era mudo.

No era posible sacar de él ni una palabra.

Era indudable que la correspondencia que llegaba dirigida á la condesa era remitida á las nuevas señas; pero á las preguntas urgentes del futuro de Magdalena, se contentaba respondiendo con muchísimo respeto.

—No puedo decir nada al señor vizconde. Estoy tan intranquilo como él.

En los primeros días de marzo la ansiedad del vizconde había llegado al paroxismo.

El nefasto año de 1870 había ya empezado hacia más de dos meses y las señoras de Arvil

no habían escrito desde hacia seis semanas. En aquellos días un accidente bastante banal fué á poner el colmo á los sufrimientos y pesares del señor de Bures.

Una señora, ya anciana, viuda de un antiguo ministro, que era pariente muy lejana de su madre, aunque era pobre, la baronesa de Durie, fué á comer á la calle de Baume.

La señora de Bures, harta de los escándalos y de las maldades que la baronesa la contaba, pues estaba al corriente de las vidas y milagros de todas las familias de la aristocracia de París, se retiró dejando á su hijo en compañía de la anciana.

En aquella época la viuda del ministro tenía una reputación detestable.

Mujer de talento, pero agria por la pérdida de una fortuna que su marido, caído del poder, había disipado en especulaciones atrevidas, viviendo de una renta modesta que la permitía apenas pagar un cuarto de mil ochocientos francos al año, con una criada para servirla, que almorzaba por las mañanas una taza de café y las demás comidas las hacía en cualquier parté, en casa de cualquier amiga, como vulgarmente se dice, *de gorra*, divirtiéndose á las gentes con sus historias, tenía fama de poseer la lengua más cáustica y venenosa de París.

Medio hundida en el salón en una *chaise longue* delante de un magnífico fuego, saboreaba lentamente, con la voluptuosidad de una gata que bebe leche, una taza de excelente Moka, cuando notando la tristeza de Roberto, que fijaba sus distraídos ojos en el techo de la habitación, le preguntó con voz llena de afecto, demasiado melosa para ser sincera:

—¿Siempre tan triste?

El joven suspiró.

—¿Qué inquietudes debéis sentir!

Dichoso por poder hablar de la ausente, agregó sin poderse contener:

—Os aseguro que estoy muy molesto, atormentado, desesperado.

La anciana mojó los labios con el café y los hizo chasquear después moviendo de cierto modo la cabeza.

Después dijo:

—Tenéis razón, mi pobre amigo... Es poco claro todo eso.

Dejó la taza, de la mejor porcelana de Sevres, sobre un velador que había al alcance de su mano y continuó:

—O mejor dicho, querido, si no temiera mortificaros os diría que no es nada claro, ó que lo es demasiado.

—¿Cómo?

—¡Hum!

La baronesa tosió dos ó tres veces.

Hay cosas muy difíciles de decir.

La viuda del ministro encontraba pocos obstáculos casi siempre, pero el caso era espinoso.

Conocía la susceptibilidad del joven, su cariño por las señoras de Arvil y su respeto por ellas.

Se rascó la barbilla adornada de algunos pelos, que con desesperación de la baronesa se iba poniendo colorada y llena de arrugas.

Y decidiéndose:

—Tanto peor—exclamó—y sin embargo temo que me tomeis ódio.

—¿Yo?

—¡Vos! Aunque si me atrevo á hablar es

tan solo por vuestro interés, porque se dicen muchas cosas que es preciso que sepáis...

—¿Qué se dice?

—¿No oís hablar ya de las señoras?...

—¿De Arvil?

—¡Claro!... ¿De quién quereis que se trate?

—Muy poco, es cierto.

—Pues ese silencio es bastante significativo, á mi así me parece. ¿No os dice nada á vos?

—Me tiene intranquilo... como loco.

—¿Nada más?

—¡En efecto nada más!

—Pues bien, hijo mio, eso no es bastante; debiera abriros los ojos, iluminaros.

—¿Sobre qué?

—Sobre cuanto ocurre.

—¿Y qué es lo que ocurre?

—¡Ah! vamos, seamos serios, os lo suplico, Roberto, parece que estamos jugando al escondite... Estais intranquilo...

—¡Oh! sí...

—Lo decís vos y os creo. Por lo demás, tenéis razón de estarlo. ¿Amais á la señorita de Arvil?

—Con toda mi alma.

La baronesa dijo lentamente:

—¿Estais seguro de que ella os corresponde de la misma manera?

La maligna intención de aquella pregunta era tan clara, que el enamorado levantó la cabeza y miró á aquella mujer antes de hablar.

Le costó gran trabajo preguntar:

—¿Tendreis acaso motivos para dudar?

—¡Oh! Dios mio — dijo; — quizás, aunque muy vagos; y creo, querido mio, sin fundamento serio... Solamente...

—¿Solamente qué?

Titubeó un momento.

—Es que... — dijo entredientes — tengo miedo de heriros, de aumentar la inquietud en que vivís... Deseo tanto veros contento y dichoso, amigo mio... ¡Porque merecis serlo!...

—¡Oh! no temáis nada — poniendo por vez primera su alma al descubierto, porque como todas las naturalezas orgullosas y delicadas, permanecía frio en apariencia y disimulaba sus mayores dolores y sus mejores alegrías bajo una máscara impenetrable. — Desde hace algún tiempo he pasado tantas angustias, tantas ansiedades y dudas, que en adelante nada puede parecerme más cruel que la incertidumbre en que vivo. Ayudadme á salir de ella y os estaré eternamente agradecido. El silencio de la señorita de Arvil es inexplicable.

—¿Lo creéis así?

—Es preciso que su salud esté muy comprometida... Su razón quizás...

—La salud puede ser — murmuró la baronesa; — en cuanto á la razón, la tiene mejor que nunca...

—¿Pero entonces?...

La anciana bajó la voz, é inclinada afectuosamente hacia el joven, le preguntó:

—¿No habéis oido hablar de las faltas cometidas por las jóvenes de nuestra sociedad?

—¿Faltas? — repitió Roberto arqueando las cejas.

—Debilidades, si os agrada más la palabra; de esas debilidades, hijas de un capricho...

—Magdalena es incapaz...

—Sea.

—La conozco desde su infancia.

—Ya lo sé.

—Es la pureza en persona...

—Todas las mujeres son lo mismo, hasta que dejan de serlo.

—Os lo suplico, no hablemos ni una palabra más.

—¡Ya tenemos aquí el amor con su eterna venda en los ojos!—exclamó la baronesa sonriéndose con indulgencia.

El vizconde se levantó y dió algunos pasos por el salón.

Estaba en el fondo muy irritado con aquella vieja, que creía á Magdalena capaz de cometer una falta.

Su corazón se revelaba contra semejantes suposiciones, que sin que él quisiera debían, no obstante, acrecentar el malestar de su espíritu y redoblar sus temores.

De repente se volvió hacia la baronesa, y la preguntó:

—En una palabra, ¿qué es lo que queréis decir?

—Vamos á ver—dijo con una bondad admirablemente fingida—dignáos reflexionar... ¿Por qué la señora de Arvil ha desaparecido de pronto de la sociedad en qué vivía?

—No la ha gustado nunca.

—Sea; pero ha vivido en ella, es su centro... Sus amistades, sus intereses la obligan á vivir en ella... Si la salud de su hija la obliga á vivir durante algún tiempo en el Mediodía, ¿no creo que esta sea una razón suficiente para ocultar el lugar de su residencia y romper por este medio con sus mejores amigos no dando señales de vida?...

—Continuad.

—Tiene criados en Paris. ¿Por qué darles la orden de cerrar la boca? ¿Para qué esa conspiración de silencio?

—La señora de Arvil ha hecho siempre su santa voluntad, ha sido muy independiente.

—Bueno, aunque así sea... Admito que no quiera rozarse con personas que la son indiferentes, pero con el prometido de su hija, con el amigo, con su hijo casi... En una palabra, vuestro honor está unido al suyo... Teneis el derecho de saber...

El objetó:

—Habrà habido algún impedimento.

La baronesa hizo un gesto desdenoso.

—No conozco más impedimento que el que resulta de su voluntad... Un telegrama se redacta á escape... Unas cuantas líneas se escriben en un momento... Solo una explicación puede parecer plausible.

—¿Cuál?

—Comprended bien que no afirmo... Que pongo el quizás por delante.

—Sed clara.

—¿Lo queréis?... Pues consiento en ello... ¡La señora de Arvil quiere ganar tiempo algunos meses! Se dicen por ahí ciertas cosas... falsas quizás... pero que no por eso dejan de oírse.

Y la anciana terminó diciendo con lentitud:

—Magdalena, esa pobre muchacha que ha estado viviendo mucho tiempo en el campo, alejada de toda distracción, habrá sucumbido quizás á las tentaciones del fastidio... habrá encontrado algún vecino amable, seductor...

—Eso es falso—exclamó el vizconde levantándose.

—¡Sí, es lo que yo desearía!

—¡Calumnia!

—Decid mentira, si os agrada más la palabra; invenciones criminales, todo cuanto queráis... No me opongo; pero buscad entonces un pretexto, una razón plausible... Yo os declaro que no le conozco.

La baronesa saboreó con deleite el café que quedaba en la taza, bebió unas gotitas de aguardiente y se levantó á su vez.

—¡Amigo mio—dijo,—quiera Dios que las murmuraciones resulten inexactas!... Lo deseo con toda mi alma... sobre todo por vos, á quien estimo. Pero, si á pesar de todo, esos ruidos fueran ciertos, no por eso debiais apuraros... Sois joven y rico... tenéis un bonito nombre y no carecéis de talento... Ya llegaríais á consolaros... no faltan bonitas herederas.

El joven contestó tan solo:

—Todo se aclarará... No creo ni una palabra de esas diabólicas suposiciones.

La baronesa levantó las manos hacia el techo, como sintiendo semejante ceguera, y como la noche iba ya avanzando, dijo á su amigo con cariñoso acento:

—Hacedme el favor de acompañarme hasta el vestíbulo... Os dejo abandonado á vuestros pensamientos, á vuestros sueños... ¡Quiera Dios sean de color de rosa!

Poco después la puerta se cerraba detrás de aquella mujer, y Roberto entró en su despacho.

Lo primero que hirió su vista fué una carta colocada sobre la mesa.

Se inclinó y lanzó un grito de sorpresa y de alegría:

—¡Por fin!

Acababa de reconocer la letra de la señorita de Arvil

Antes de abrirla, llamó.

Su ayuda de cámara, antiguo servidor de la casa, se presentó en seguida.

—¿Cómo está aquí esta carta?—preguntó el vizconde.

—La han traído entre los papeles de la señora y acaban de subírsela al señorito. Como estabais ocupado con la señora baronesa, la señora no ha querido molestaros.

—Está bien, gracias.

Cuando se quedó solo, Roberto se sentó delante de su mesa y contempló durante un buen rato aquella carta, que al fin le daría la clave del enigma que tanto le atormentaba.

La conservó un instante entre sus manos como si temiese conocer el contenido.

Las insinuaciones de la baronesa habían producido en su espíritu más efecto de lo que él creía.

Pero ahora que ella no estaba allí y que una voz sarcástica no zumbaba en sus oídos, estaba furioso por haber dado oídos á semejantes sospechas.

¡Magdalena culpable!

¡Qué invención!

¿En Saint Jean-du-Desert, en aquel apartado rincón de un país salvaje, casi despoblado, á qué seducción hubiera podido sucumbir?

¡Aquello era absurdo!

Y seguía con la carta entre las manos; mirándola con ternura y amor.

Todo se explicaría.

Acababa de decir estas palabras y la carta le daba la razón confirmándolas,

Tenía la explicación ante sus ojos.  
¡Qué podía decirle ni traerle más que la confirmación del amor, que era su vida!

¿Puede acaso cambiar una mujer como Magdalena?

Rasgó el sobre.

Respiró.

Empezaba de este modo:

«Mi querido Roberto:

»Os debéis preguntar lo que ocurre, debéis estar muy intranquilo, os direis que faltó á mi promesa, que mi corazón ha cambiado quizás.

»No lo creáis.

»¡Os amo como siempre!

»¡Os amo más que nunca!»

El joven interrumpió la lectura.

Apoyó los labios en aquel papel donde encontraba el perfume de su adorada, trayéndole al mismo tiempo la alegría.

Debía ser de muy corta duración.

La señorita de Arvil continuaba:

«Os amo con toda mi alma, y sin embargo, amigo mio, mi único amigo, voy á causaros un gran pesar.

»Escuchadme, Roberto.

»Yo me había forjado una esperanza, la más querida, la más dulce de cuantas puede concebir una joven, unirme á vos, llegar á ser vuestra esposa, pasar con vos el tiempo que nos queda de vida y descansar después á vuestro lado en la misma tumba, para no separarnos jamás cuando hubiésemos terminado nuestra misión en el mundo.

»He reflexionado mucho desde hace algunos meses.

»He debido tomar una resolución que me ha costado torrentes de lágrimas, pero que es irrevocable.

»Esta esperanza, que compartíais conmigo, es preciso, mi querido Roberto, que renunciemos á ella.

»No me casaré con vos.

»Esto quiere decir que no me casaré nunca.

»Mi corazón pertenecerá para siempre á vuestros recuerdos, á los proyectos que hemos formado y que recordaré eternamente, y no temo declarároslo, al lazo que debía unirnos, y que fatales circunstancias me obligan á romper antes de haberse formado.»

La carta se escapó de las manos del desgraciado; sus ojos se oscurecieron, y cogiéndose la cabeza entre las manos, permaneció inmóvil.

Aquel era el desastre que presentía.

¿Cuál era la causa?

¿Tendría razón la baronesa? ¿Serían ciertas sus suposiciones?

¿Las gentes, con su infernal perspicacia, habrían visto más que él?

¿Cómo se había burlado de él aquella mujer, con sus formas corteses con que envolvía sus calumnias?

¿Y por qué habían de ser calumnias?

¿Qué otra causa más que una falta cuyas consecuencias era preciso hacer desaparecer á la maledicencia de las gentes, podía obligar á la señora de Arvil á usar de semejantes medios? ¿Qué razones serias podían justificar aquel alejamiento de París, aquella ruptura con sus relaciones, con sus amigos, con todos



aquellos que hasta entonces habían vivido en su intimidad?

De modo que la falta había debido cometerse.

Era evidente.

Al cabo de algunos momentos de reflexión y de cólera, no le cabía la menor duda.

Buscaba en sus recuerdos cómo la señorita de Arvil había sido arrastrada hasta aquella traición, de la cual la juzgaba incapaz algunos momentos antes.

¿Por quién?

Y repasando en su memoria todo el personal de los castillos vecinos de las cercanías de Païmpoint, los vecinos del campo, jóvenes y viejos, de las señoras de Arvil, no encontró ninguno en quien fijar sus sospechas.

Y sin embargo, ya no ponía objeciones á aquella falta; no defendía ya á aquella amiga á quien conocía desde su infancia, que no le había dado más que pruebas de ternura, de cariño, y digámoslo, á pesar de las sonrisas de incredulidad que levanta hoy en día esta palabra, de virtud.

Solo se preguntaba con la obstinación de un exaltado:

—¿Quién?... ¿Quién será?

Se había olvidado de la carta, que había caído á sus pies.

Sus ojos se fijaron de repente en ella, y la recogió con furia.

En seguida continuó su lectura.

Quizás encontraría allí algo, una declaración, un nombre, aquel nombre que buscaba tan obstinadamente sin poderle encontrar.

Pero no sucedió así.

La carta de la señorita de Arvil terminaba de este modo:

«Amigo mío: Si queréis darme una última prueba de ternura, por la que os estaré agradecida toda la vida, no tratéis de buscar las causas de esta renuncia á todo cuanto me es querido.

»No me pidais una explicación. No tratéis de volverme á ver.

»¿Para qué? puesto que estamos separados para siempre por un abismo infranqueable.

»La casualidad lo ha puesto entre nosotros.

»El mal no tiene remedio.

»Todos cuantos esfuerzos hagáis para convencerme, porque sé que sois bueno y generoso, resultarán inútiles; no lograréis convencerme, permaneceré inquebrantable.

»Os escribo estas líneas con los ojos anegados en lágrimas y con el corazón destrozado, las últimas que recibiréis de vuestra desgraciada amiga.

»Mi madre ignora que os escribo, como ignora también mi resolución.

»La he tomado sola, después de larga lucha conmigo misma.

»¡Adiós, amigo mío! ¡Os quería mucho! ¡Os hubiera sido fiel hasta la muerte!

»Es un sueño de felicidad que se desvaneca.

»¡Suceda lo que quiera, vos seréis, con mi madre, los únicos seres á quienes he amado en este mundo!

»¡Vos seréis al único al que haya dado mi alma!

»Viviréis solo en mi corazón, cerrado para las alegrías de este mundo, y en el cual dejaréis el eterno pesar de un amor puro, casto y único,